

La Sabanita de cuna

Violeta, moza casadera, subía balanceando su coleta de rizos castaños por una de las empinadas veredas del Vijuelo, era extrañamente un día caluroso, el sol picaba de tormenta, faltaba poco para la hora de comer, y se había acercado a regar y dar la vuelta a la ropa de cama, que había dejado un par de horas antes enjabonada y extendida sobre la hierba para que blanqueara.

Se encontró, de pasada, con Matías, mozo del pueblo, que volvía, en mangas de camisa, sudoroso, salpicado de barro, con la boina ajustada a la cabeza y la azada al hombro, deseoso de ver qué le habían puesto de puchero.

- Ehhhh!!! – le medio chilló para hacerse notar.
- Anda con Dios – respondió sin mucha gana el muchacho.

Iba ensimismada pensando que todos los trabajos de la casa eran muy pesados, no existía comodidad de ninguna clase, las tareas domésticas ocupaban prácticamente todo el tiempo, casi no había lugar para el ocio y se sucedían los días sin algo que los hiciera especialmente distintos unos de otros.

Comenzó a quitar los cantos de sujeción, uno a uno, y a dar la vuelta a las sábanas, pero notó algo extraño, faltaba la funda de un almohadón completamente nueva que con mucho mimo acababa de terminar de bordar para su ajuar. ¿Se habría volado?. Estuvo buscando por los prados de alrededor entre las paredes, por si el viento hubiera hecho alguna trastada, pero, después de un buen rato dando vueltas, la funda no aparecía, y ya estarían los hombres sentados a la mesa, impacientes, esperando.

- En fin, que le vamos a hacer - pensó en alto.

Mientras comían el humeante cocido tuvo que soportar la riña de su madre que le hartaba de distraída, a lo mejor no la había subido a lavar, o no la había sujetado bien y el viento había hecho el resto.... Todas las mujeres dejaban la ropa al sol y no era habitual que faltara nunca nada, no es que a la gente le sobrara en general, pero tampoco existía mucha necesidad, y en cualquier caso, siempre era mejor solución pedir que coger algo que no era de uno.

Los días transcurrieron y el tema quedó en anécdota, pero como en cualquier sitio pequeño, y sin demasiados temas de conversación, no faltaron en las idas y venidas con los cántaros a la fuente, comentarios sobre qué habría podido suceder y la sentida pérdida de la prenda a la que tanto tiempo y esmero se había dedicado, a parte, como lugar en el que la tarea principal para muchos, se basa en oletear lo que hace uno y lo que

hace el otro, no faltaban mozas que habían seguido el bordado desde sus comienzos y era una labor que conocían tan a la perfección como si fuera suya propia.

Pasadas un par de semanas, a unos kilómetros, tuvo lugar un feliz acontecimiento, había venido un niño al mundo, y como costumbre que era, las personas que se consideraban más allegadas y aquellas que gustaban de enterarse siempre de todos los pormenores, fueron a dar la enhorabuena a la familia. El recién nacido estaba hambriento, lloraba desconsolado, una de las jóvenes se arrimó a la cunita para tranquilizarlo acercándole el chupete, pero al aproximarse tuvo que disimular su sorpresa, la sabanita del bebé tenía el mismo bordado de la funda del almohadón que había desaparecido, un trabajo manual único, además en esa casa no destacaban por las labores, y menos aún con lo precipitado e inesperado del nacimiento.

No había acabado de llegar al pueblo, la improvisada detective, una de las más competentes alcahuetas, y no se contuvo de ir a contárselo a Violeta, directamente fue a parar a su casa; y toda su familia, en ese momento de tertulia alrededor de la lumbre del caldero, se enteró del suceso, donde había ido a parar la prenda y en qué se había reconvertido. Pero como los padres eran gente de paz, partidarios del perdón, con caridad cristiana, intentaron apaciguar el asunto y quitarle importancia, realmente "atando cabos" estaban seguros de lo que había sucedido, tenían un testigo con credibilidad, además la abuela del muchachín había estado ese día por allí, y se quedó lavando unas prendas al bajar Violeta. Era muy desagradable que una persona relativamente conocida y que no inspiraba desconfianza, fuera capaz de hacer algo así, pero consolaron a la chiquilla haciéndola ver que lo habían cogido para arropar a un recién nacido, alguien completamente indefenso, un niño del que todavía no se sabía si su padre se iba a hacer cargo, demasiada desgracia había ya en esa casa, y la criaturita, tan pequeña, no tenía culpa ninguna, si lo necesitaban que se lo quedaran, era como un regalo de bienvenida al pequeñín. Además, ella ya tenía la experiencia de haber hecho canastillas para la Sección Femenina, y sabía la satisfacción que producía facilitar esa primera ayuda.

Con algo de rabia contenida, bordó otra funda exactamente igual para el juego de cama y desde ese día nunca más se volvió a hablar del asunto, ni se reclamó nada, ni se echo en cara, ni se aireó el tema, fueron dueños del secreto. Pasado el primer momento de sorpresa e indignación, continuaron siendo exactamente igual de felices, o incluso aún más, porque esa limpieza de espíritu ayuda a descansar mejor, el odio genera odio, la violencia violencia, cuando alguien simple y llanamente perdona de corazón se produce sosiego interior y se proyecta a su alrededor un aura de serenidad, la vida te devuelve con creces las buenas acciones.

Así fueron sucediéndose cuarenta años, sí, así de deprisa, cambiaron las estaciones y fueron discurriendo las vidas de los protagonistas. En todo este tiempo la vida en el pueblo evolucionó lentamente, Violeta, sin grandes lujos, tenía todas las comodidades en casa, la funda del almohadón no había sido esencial en su vida, siguió comportándose igual que siempre, como sus padres le enseñaron, del mismo modo que a ellos sus abuelos,

absolutamente honrada, como a su vez enseñó ella a sus hijos, es algo que se mama a bien seguro. Pero en una época en la que todo el mundo daba el pecho, los calostros no fueron siempre de la misma calidad y en esta vida lamentablemente a algunos les había tocado mamar "mala leche" y el transcurrir del tiempo con su sabiduría no hizo más que confirmar los peores augurios al respecto.

María